

Evolución del espacio doméstico en el norte de Lípez (Potosí, Bolivia): ca. 900-1700 DC

AXEL E. NIELSEN¹

RESUMEN

Se ofrece una aproximación a las características del espacio doméstico en el norte de Lípez durante los últimos siglos de la era prehispánica y los primeros de la dominación española. A lo largo de este período, las viviendas mantienen una estructura interna distintiva y muy homogénea dentro de la región. Se discuten las implicancias de estas observaciones para entender la organización social y política de estas poblaciones.

Palabras claves: espacio doméstico – organización sociopolítica – norte de Lípez.

ABSTRACT

This paper presents a first approach to characterizing domestic space in North Lípez during the last centuries of the prehispanic era and the first centuries of Spanish domination. Throughout this period, dwellings maintain a distinctive internal structure which seems to be very homogeneous across the region. The implications of these observations for understanding the social and political organization of these populations are discussed.

Key words: domestic space – social and political organization – North Lípez.

Introducción

La estructura del espacio doméstico y sus variaciones ofrecen una vía de aproximación privilegiada para el estudio arqueológico de las sociedades del pasado. Por una parte, la arquitectura residencial y los desechos generados por las actividades domésticas constituyen la mayor parte de la evidencia con que trabajamos los arqueólogos, por lo que la identificación de continuidades y cambios en su estructura se encuentra cómodamente al alcance de las posibilidades inferenciales de nuestra disciplina. Por otra, la configuración física de las viviendas, las actividades que allí

realizan y su distribución espacial varían en respuesta a diversidad de factores. Esta multiplicidad de determinantes permite utilizar el registro arqueológico de las áreas domésticas para abordar aspectos generales de la organización de las sociedades del pasado.

Poniendo énfasis en el análisis de la arquitectura residencial, este trabajo ofrece una primera caracterización del espacio doméstico en el norte de Lípez (Nielsen 1997) durante los últimos siglos de la era prehispánica y los primeros de la dominación española. Se argumenta que, a pesar de los grandes cambios políticos ocurridos durante este período, existe una continuidad fundamental en la estructura interna de la vivienda. Este esquema mantiene además una notable homogeneidad dentro de la región, mientras que se diferencia del registrado en áreas vecinas. Estas observaciones abren interesantes posibilidades para entender la organización social de esta población y evaluar modelos alternativos sobre la interacción entre el altiplano de Lípez y otras regiones.

La arqueología del espacio doméstico

Los estudios arqueológicos de áreas domésticas o *household archaeology* (Wilk y Rathje 1982), suelen partir de alguna definición de “unidad doméstica” para luego buscar su correlato material. Dadas las particularidades de la evidencia arqueológica, estas formulaciones suelen definir al grupo doméstico por lo que hace antes que por su composición o el parentesco entre sus miembros, como era habitual en la antropología cultural hasta la década del '70 (Goody 1972). Un ejemplo representativo es la definición de Ashmore y Wilk:

“A household is a social unit, specifically the group of people that shares in a maximum definable number of activities, including one or more of the following: production, consumption, pooling of resources, reproduction, coresidence, and shared ownership” (1988: 6).

¹ CONICET – Instituto Interdisciplinario Tilcara (UBA). Casilla de Correo 14, 4624 – Tilcara, Provincia de Jujuy, Argentina. Email: anielsen@imagine.com.ar

Como los mismos autores señalan, sin embargo, existe una gran variación intercultural en los modos en que cada una de estas actividades se organizan y en las unidades sociales que las llevan adelante, lo que plantea una ambigüedad en la aplicación arqueológica del concepto. En el centro-sur andino, por ejemplo, es relativamente común que personas que comparten un presupuesto, una estrategia productiva y la propiedad de ciertos bienes (tierras, casas), mantengan y transmitan separadamente derechos de propiedad sobre otros recursos (animales), ocupen simultánea y/o secuencialmente varias residencias distribuidas en distintas zonas productivas –incluida la ciudad– y se organicen en más de una unidad de coresidencia con patrones de consumo diferenciados (p.e., la abuela con algún nieto en el altiplano con el rebaño, una pareja joven o mujer adulta con la ayuda de algunos hijos o compadres a cargo de los cultivos en el valle, hombres adultos en la ciudad, la mina o siguiendo un circuito de trabajo estacional). Según cuál de estas actividades se considere, la unidad social implicada y su correlato material serán muy diferentes.

Una forma de superar este problema es tomar como referencia a una sola de estas actividades –por lo general la coresidencia–, aunque teniendo en cuenta que las unidades sociales así definidas suelen compartir otras actividades cuyo alcance varía según la sociedad (Netting 1989: 231). Aún así, la aplicación arqueológica del concepto no está exenta de ambigüedades ya que, volviendo al ejemplo anterior, cada grupo coresidencial puede ocupar más de una vivienda en distintos ambientes o en un mismo pueblo (Horne 1982), a lo largo del año o durante su ciclo vital, todas características habituales en los sistemas de asentamiento pastoriles y agropastoriles andinos actuales. Una forma de evitar este problema es concebir al espacio doméstico como “escenario de un conjunto de actividades” (Rapoport 1990), sin adoptar *a priori* supuestos sobre la “unidad social” que lo ocupa. Partiríamos de la vivienda como una unidad de análisis que, en la mayoría de los casos, podemos identificar arqueológicamente y emplear como base para la comparación, y a los actores sociales que la crearon (unidad doméstica o grupo coresidencial) y su organización (movilidad, producción, distribución de recursos, parentesco, entre otros) como eventuales objetivos de la inferencia (Aldenderfer y Stanish 1993: 3-5).

Arqueológicamente, la “vivienda” alude al conjunto mínimo de espacios –con sus estructuras, rasgos, áreas de actividad, artefactos y desechos asociados– que forman una unidad discreta y funcionalmente integrada y que da cuenta de las actividades de residencia (descanso, protección del clima, procesamiento y consumo de alimentos) en una localidad durante un período más o menos prolongado, aunque no necesariamente permanente. En la mayoría de los casos, la vivienda alberga también otras actividades como almacenaje, descarte, fabricación y mantenimiento de artefactos, intercambio, socialización, inhumación de los muertos y rituales varios, entre otros, posibilidades que deben ser empíricamente establecidas a partir del propio registro arqueológico.

Muchos asentamientos están formados por más de una vivienda, lo que arqueológicamente se traduce en la reiteración de estos módulos funcionales mínimos, generalmente separados por elementos físicos, desde simples espacios “vacíos” hasta barreras arquitectónicas a la visibilidad y el acceso. La articulación entre viviendas de diversa estructura y su relación con otras áreas de actividad dentro de los asentamientos definen un nivel de ordenamiento más inclusivo de las áreas domésticas (escala “semimicro” *sensu* Clarke 1977), vinculado a la organización de la comunidad.

La arqueología ha adoptado al grupo doméstico como marco de estudio, en parte, por ser la mínima unidad social a la que habitualmente puede acceder. Esta limitación práctica ha sido justificada por el supuesto de que este grupo funciona como unidad en la toma de decisiones, especialmente económicas (Sahlins 1972), idea que ha sido posteriormente cuestionada atendiendo a que sus miembros a veces participan en estrategias más amplias que comprometen a actores distantes, gozan de un acceso diferencial a los recursos o persiguen intereses distintos y a menudo conflictivos (ver Hastorf y D’Altroy 2001). Aún así, el grupo coresidencial mantiene una validez relativa como unidad para el análisis de procesos económicos y sociales si se lo trata como una unidad compleja e internamente diferenciada –nuevamente, como “sistema” (Wilk 1989: 31)–, cuyas decisiones no son sólo fruto del consenso, sino también del conflicto y las relaciones de poder.

Los grupos coresidentes crean el espacio doméstico en función de múltiples condicionantes (Wilk

1990). Uno obvio es el entorno natural, que oferta los materiales para su construcción y fija las condiciones climáticas que, como refugio, deberá regular y a las que deberán adaptarse las actividades (temperatura, insolación, precipitaciones, vientos, entre otros). El ambiente, la organización productiva y las formas de circulación de bienes también afectan la vivienda al establecer demandas sobre la mano de obra e imponer límites a la capacidad de sustentación de diversas zonas, condicionando así la composición, distribución, movilidad y estrategia reproductiva de los grupos corresidenciales.

Por otra parte, la organización del sistema de actividades domésticas guarda una estrecha relación con las relaciones sociales que median la apropiación de diversos tipos de recursos o economía política (Cobb 1992). La incorporación al núcleo residencial de ciertas actividades (almacenaje, intercambio, producción artesanal), la composición del grupo doméstico (p.e., la inclusión de trabajadores no emparentados) y las relaciones entre viviendas o entre áreas residenciales y productivas, son sólo algunos aspectos de la organización doméstica vinculados a la distribución del poder en la sociedad. El espacio doméstico también se estructura internamente en función de las relaciones entre los miembros del grupo corresidente, poniendo de manifiesto nociones culturales de distancia interpersonal y diferencias sociales asociadas al género, la edad u otros criterios clasificatorios.

Los patrones diferenciales de consumo, manifiestos en variaciones en el tamaño, posición, elaboración y mano de obra invertida en la vivienda y en las características de los artefactos y desechos asociados, pueden revelar la existencia de desigualdades en el acceso a recursos en el seno de una comunidad (Bawden 1982; D'Altroy y Hastorf 2001). La relación entre vivienda y desigualdad, sin embargo, no es directa. La arquitectura –doméstica y de otro tipo– es uno de los medios más eficaces de propagar mensajes relativos a la identidad de las personas, por lo que es activamente manipulada en la negociación del poder (Moore 1996; Nielsen 1995; Parker Pearson y Richards 1994). Como otros aspectos de la práctica social y la cultura material (p.e., la funebria), entonces, las viviendas son mejor entendidas como parte de estrategias de posicionamiento, cuya variación se explica no sólo con referencia al rango de ciertos

individuos o grupos, sino a las condiciones generales de reproducción de la estructura social (Giddens 1979).

En su doble faceta de significante y regulador físico de la conducta y la interacción, la estructura del espacio doméstico juega además un papel destacado en la formación del *habitus* y, por consiguiente, en la reproducción de las relaciones sociales y la cultura. Según Bourdieu, en formaciones sociales carentes de escritura,

"...el espacio habitado –y sobre todo la casa– es el principal locus para la objetivación de los esquemas generativos; y, a través de las divisiones y jerarquías que establece entre cosas, personas y prácticas, este sistema de clasificación tangible continuamente inculca y refuerza los principios taxonómicos que subyacen a todas las disposiciones arbitrarias de esa cultura" (1977: 89).

Desde este punto de vista, la vivienda puede ser analizada como "cosmograma" que sintetiza el entendimiento práctico del mundo que distingue a cada cultura (p.e., Bourdieu 1973; Douglas 1972; Rapoport 1969). Esto establece además una importante relación entre la estructura del espacio doméstico y facetas más "pasivas" de la identidad del grupo. A diferencia de otros diacríticos sociales que son activamente manipulados en la comunicación de la identidad (p.e., vestimenta, ornamentos, vasijas), la vivienda refleja un sentido culturalmente aprendido del espacio que en general ni siquiera interviene en la construcción de la etnicidad (Jones 1997), por lo que puede ser un indicador arqueológico más confiable del medio en que fueron enculturadas las personas. Este hecho abre interesantes posibilidades para el estudio de los sistemas de explotación de recursos diversos y complementarios en los Andes prehispanicos que –según lo sugieren la etnohistoria y la etnografía– pudieron estar basados en obligaciones recíprocas entre unidades productivas territorialmente dispersas, pero de una misma extracción cultural (Aldenderfer y Stanish 1993; Stanish 1989).²

Estudiar la vivienda y los sistemas de actividades que albergó es discriminar progresivamente esta

² Pero véanse los cuestionamientos de Martínez (1998: 166) respecto a la "intervención de espacialidades."

multiplicidad de determinaciones concurrentes que hacen del espacio doméstico un fenómeno complejo, pero le confieren grandes posibilidades para el estudio arqueológico de los procesos sociales.

Materiales y métodos

El propósito de este trabajo es plantear una primera caracterización de la estructura del espacio doméstico en el norte de LÍpez, entre fines del primer milenio después de Cristo y los primeros siglos del contacto hispano-indígena. Por norte de LÍpez nos referimos a un área de forma aproximadamente triangular, cuya base corresponde al margen meridional del salar de Uyuni, su lado este al Río Grande de LÍpez, su lado oeste a la cota de 4.500 m en el macizo de la Cordillera Occidental y cuyo vértice se ubicaría en los alrededores de Zoniquera (Figura 1). El espacio así definido corresponde al área actual en que es factible la práctica de la agricultura –junto con las zonas montañosas directamente relacionadas– y corresponde al ámbito de dispersión del fenómeno denominado “Señorío Mallku” por Arellano y Berberían (1981). Aunque en otras oportunidades nos hemos referido a este espacio como “zona norte de LÍpez” (Nielsen 1997), el mismo reúne las condiciones naturales, histórico-culturales y de escala para ser considerada una región arqueológica.

El lapso temporal (*ca.* 900-1700 DC) puede ser dividido en cuatro segmentos con los siguientes rangos cronológicos aproximados: Período de Desarrollos Regionales con dos subperíodos, Temprano (900-1200 DC) y Tardío (1200-1450 DC); Período Inka (1450-1540 DC); Período Hispano-Indígena (1540-1650 DC). La subdivisión del Período de Desarrollos Regionales en dos subperíodos responde a la constatación de cambios importantes alrededor del siglo XIII, como la aparición de la cerámica del grupo Mallku/Hedionda, las *chullpas*³ y los asentamientos fortificados o *pukaras*, entre otros (Nielsen 2002).

La muestra consta de 26 asentamientos residenciales con arquitectura en piedra de excelente vi-

sibilidad superficial, que en 15 de ellos fue planimétricamente relevada en su totalidad. Las excavaciones orientadas a la investigación de espacios domésticos comprenden 14 estructuras (nueve completas, cinco parciales) distribuidas en ocho sitios (Tabla 1). La muestra de excavación no incluye viviendas del Período Inka, aunque varios de los sitios considerados fueron ocupados durante esta época, a juzgar por la presencia de cerámica Inka en superficie. Tampoco se han realizado excavaciones en áreas fuera de recintos, sectores que hasta el momento han sido sólo objeto de sondeos. Por este motivo, el análisis se concentra en el ámbito interior de las viviendas, aunque se hacen algunas observaciones sobre las áreas de actividad exteriores en base al registro de superficie.

Los estudios de “arqueología de la unidad doméstica” suelen combinar dos tipos de evidencia, artefactos/desechos y arquitectura/rasgos. En el primer caso se analiza la distribución de desechos y artefactos producidos por actividades domésticas en busca de asociaciones recurrentes y otros patrones que puedan ser relacionados a la organización de este sistema de actividades (p.e., Ciolek-Torrello 1985). El potencial de este enfoque, estrechamente vinculado a la arqueología espacial o de áreas de actividad de la década del '70 (Clarke 1977), depende de la adecuada consideración de un amplio rango de procesos que intervienen en la formación de los patrones arqueológicos, incluyendo las prácticas regulares de descarte, conservación y reuso de objetos, no sólo aquellas vinculadas a su utilización primaria (Binford 1981; Schiffer 1987).

Por cierto, la arquitectura doméstica también se ve afectada por estos “procesos de formación de sitio,” pero su inmovilidad condiciona resultados arqueológicamente diferentes que, al ser combinados con el análisis de desechos, sustentan inferencias más robustas. De hecho, es importante pensar en los edificios que componen un asentamiento como unidades abandonadas en diferentes etapas de su “historia de vida” (Schiffer 1972), un punto que puede brindar información valiosa sobre los ciclos de desarrollo de los grupos de

³ Usamos el término *chullpa* para designar una forma arquitectónica consistente en torres de piedra (simples, dobles o triples) con argamasa, de planta circular, elíptica o cuadrangular, con un vano cuadrado o trapezoidal ubicado a alturas variables (0.2 - 1.9 m de la superficie actual) y techo de piedra sostenido por la técnica de “falsa bóveda” o auxilia-

do por vigas de madera, sin adoptar supuestos sobre su funcionalidad. Algunas *chullpas* en LÍpez aún conservan restos humanos en su interior, que evidencian su empleo como sepulcros, pero consideramos que pudieron ser también depósitos, marcadores territoriales o altares.

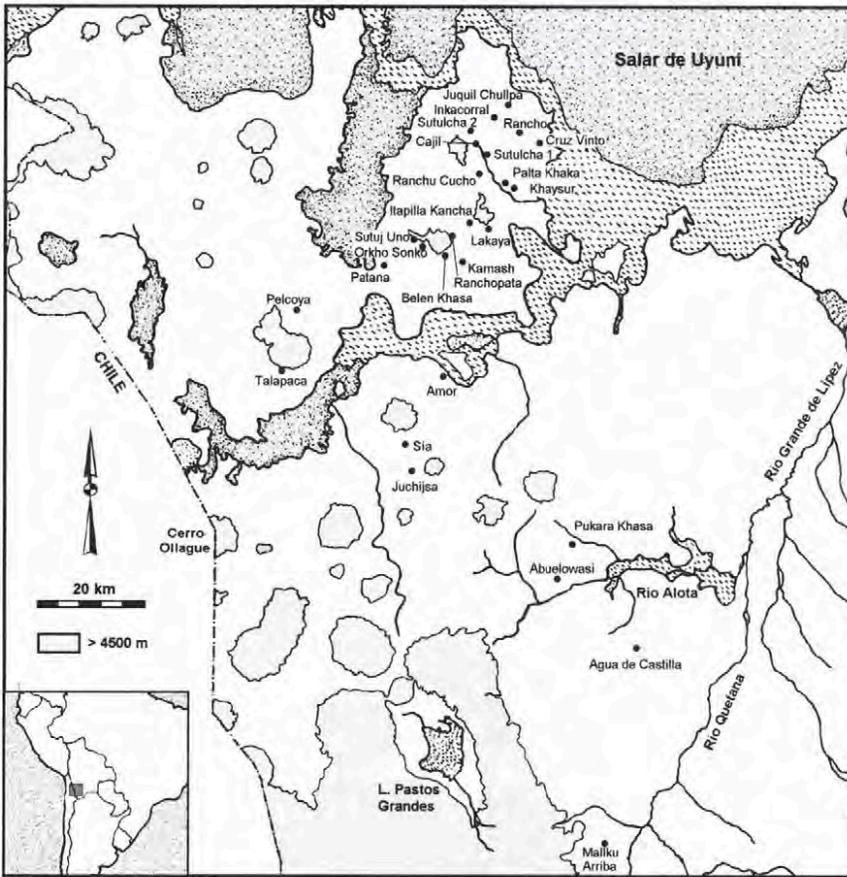


Figura 1. El norte de Lipez, con la ubicación de los sitios analizados.

Período	Sitio	Area excavada	(Código) ¹⁴ C AP	cal DC	cal DC 95%
Des. Reg. Temprano	Itapilla Kancha	recinto 1*	(A-9596) 985 ± 60	1024	902-1208
	Belén Khasa Kamash	recinto 2	(A-9591) 905 ± 75	1074,1076,1159	994-1278
		recinto 1	(Beta149928) 890 ± 40	1161	1026-1248
		sondeo exterior recinto 2 *	(A-9594) 1145 ± 60	893	720-1018
Des. Reg. Tardío	Cajil	recinto 1	(Beta147507) 770 ± 70	1271	1070-1385
	Cruz Vinto	recinto 1	(Beta149928) 710 ± 70	1287	1195-1401
		recinto 2*	(Beta147504) 780 ± 70	1263	1059-1382
		recinto 3	(Beta147505) 590 ± 60	1329,1343,1395	1286-1437
	Cruz Vinto bajo	recinto 200	(Beta147506) 570 ± 70	1334,1336,1400	1286-1445
Alto Lakaya Talapaca	recinto 500 basural *	(A-10947) 680 ± 50 (A-9593) 605 ± 55	1296 1326,1348,1391	1262-1399 1284-1430	
H - I	Bajo Lakaya	recinto 1	(A-10946) 270 ± 45	1645	1488-1946
	Kamash	recinto 2 reoc.	(Beta147511) 240 ± 50	1656	1519-1948
	Orkho Sonko	recinto 1*	(A-9592) 215 ± 60	1664,1785,1786	1520-1950

Tabla 1. Areas domésticas excavadas y sus fechas (las estructuras marcadas * fueron sondeadas o excavadas sólo parcialmente, las restantes fueron expuestas en su totalidad hasta suelo estéril).

corresidencia, sus estrategias de reproducción y los cambios por los que atraviesan las comunidades que estos integran. El análisis de arquitectura –doméstica y de otro tipo– se beneficia además de una vasta literatura teórica sobre las relaciones entre práctica social y entorno construido (Hillier y Hanson 1984; Lawrence y Low 1990) que recién cobra influencia en la arqueología a partir de la década del '80. Estos enfoques nos llevan más allá de la reconstrucción de actividades domésticas a explorar la trama de relaciones sociales y disposiciones culturales en que se encuentran inmersas.

El número de unidades excavadas en nuestra muestra es indudablemente muy reducido para evaluar patrones en la asociación o distribución de artefactos o el grado de variación entre viviendas. No obstante, esta limitación se ve parcialmente compensada por la excelente visibilidad que tiene la arquitectura prehispánica en Lípez. Por lo general, se advierten con toda claridad los edificios y la ubicación de los vanos. En algunos casos, las estructuras están tan bien conservadas que conservan intactos los hastiales y dinteles y a menudo permiten identificar sin excavar deflectores de aire, tabiques, banquetas, hornacinas y otros rasgos característicos. Estas condiciones hacen posible recabar mediante la observación superficial un cúmulo de información sobre la arquitectura doméstica que en otras zonas requeriría enormes cantidades de excavación. En consecuencia, nuestro análisis se focaliza en la arquitectura, utilizando la evidencia artefactual con cautela y sólo como complemento para la interpretación de las estructuras. Por el mismo motivo y atendiendo a las limitaciones de espacio, los artefactos recuperados se describen someramente y sólo en la medida en que contribuyen a caracterizar los espacios domésticos.

Período de Desarrollos Regionales Temprano (900-1200 DC)

El análisis de los espacios domésticos de este momento, a partir de las planimetrías de asentamiento, se dificulta, porque los tres sitios que hemos estudiado poseen evidentes signos de reocupación (Nielsen 2001),⁴ lo que torna difícil

establecer cuáles recintos corresponden a la época y cuáles no.

La estructura más frecuente y vinculada a este período en los tres sitios considerados –a juzgar por los datos de excavación– es la habitación simple, circular o elíptica, con un vano de acceso orientado predominantemente al este (rango = 330-210°)⁵ y un diámetro interno que oscila entre 3 y 5 m (7-19 m²), con un modo aparente alrededor de los 4 m. Los recintos de este tipo suman alrededor de 35 en Belén Khasa (Nielsen 2002), 25 en Itapilla Kancha (Figura 2) y 22 en Kamash (Figura 3). Sus muros tienen entre 0.4 y 0.6 m de espesor, están confeccionados con piedras del lugar sin modificar asentadas en doble hilera, con muy poca argamasa o sin ella. Durante las excavaciones no se encontraron restos de techo, pero hay suficientes evidencias indirectas (p.e., regularidad de tamaño, presencia de deflectores de aire) como para inferir que la mayoría de estos recintos estuvieron cubiertos. La gran cantidad de derrumbe extraído durante las excavaciones indica que las paredes de piedra llegaban hasta la altura del techo.

Tres rasgos recurrentemente observados en estas estructuras son deflectores de aire, tabiques y hornacinas. El deflector que hemos podido observar desde la superficie en casi un 40% de las viviendas relevadas, está formado por una o más rocas planas verticalmente dispuestas o un muro delgado y bajo (< 0.7 m), que apoya a uno de los lados del vano de acceso y se orienta hacia el

do de Desarrollos Regionales Temprano, pero que también poseen niveles superiores separados por rellenos estériles que testimonian su reutilización en tiempos hispano-indígenas o coloniales (Tabla 1). El sitio fue además “apropiado” durante el Período de Desarrollos Regionales Tardío o Inka mediante la construcción de cinco torres *chullpa*, un evento quizás relacionado con la presencia de una vivienda rectangular de características tardías situada unos 100 m al oeste del sitio. Para completar este panorama, Kamash alberga además un puesto subactual edificado con materiales extraídos de todas las construcciones anteriores y muestra artefactos líticos de morfología arcaica en superficie. Sin llegar a tanta complejidad, Itapilla Kancha y Belén Khasa también presentan rastros de más de una ocupación.

⁵ Sin desconocer las connotaciones simbólicas que pueden acompañarle, esta orientación –que se mantiene en toda la secuencia– está claramente determinada por los fuertes vientos del oeste que soplan a diario durante la mayor parte del año en Lípez. Sería imposible evacuar el humo de una vivienda con su puerta orientada al poniente.

⁴ En Kamash, por ejemplo, se obtuvieron dos fechas formativas de muestras procedentes de basureros. Luego se excavaron dos viviendas, cuya construcción data del Período

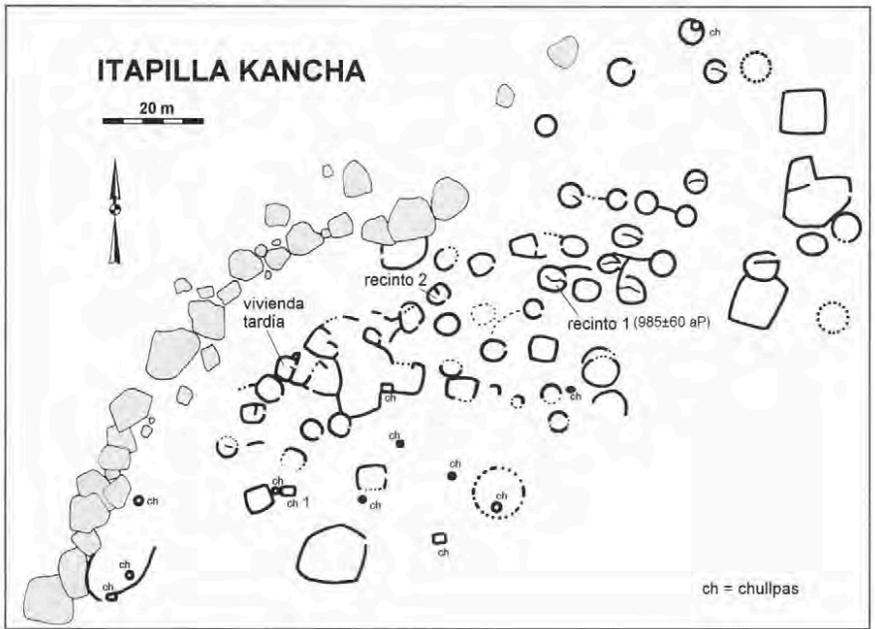


Figura 2. Planimetría de Itapilla Kancha.

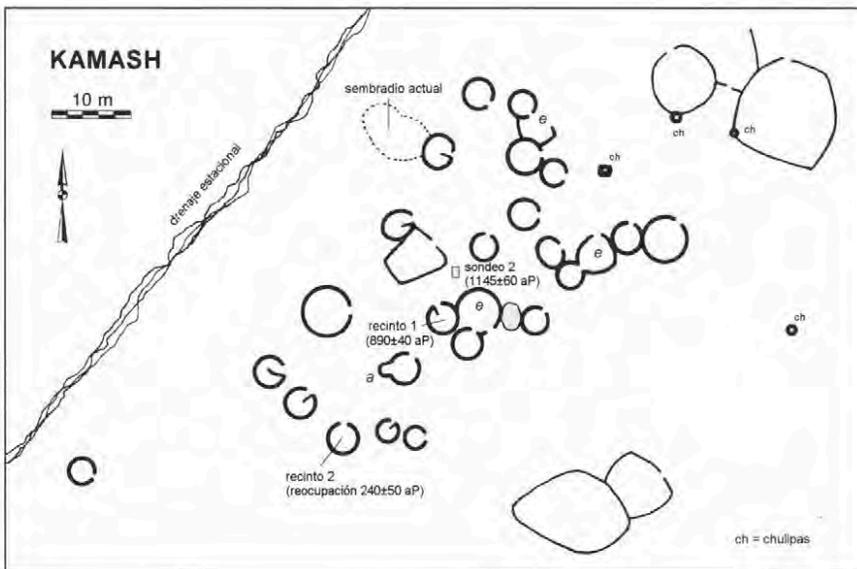


Figura 3. Planimetría de Kamash.

centro del recinto. Este rasgo sirvió para orientar las corrientes de aire de modo de facilitar la salida del humo generado por fogones ubicados dentro de la estructura. Todos los recintos de este tipo excavados o sondeados contaban con un fogón bien desarrollado detrás del deflector. Los fogones de esta época que hemos encontrado son del tipo simple en cubeta (de hasta 15 cm de profundidad), sin ningún otro rasgo o preparación.

Las tres estructuras excavadas poseían además un tabique de orientación radial, opuesto al deflector, de factura similar al muro perimetral (Figura 4). La combinación del tabique con el deflector produce una división –al menos virtual– del interior de la vivienda en dos ambientes, uno directamente vinculado al acceso, el otro más alejado, conteniendo la principal estructura de combustión en su interior. Por conveniencia, nos referiremos a

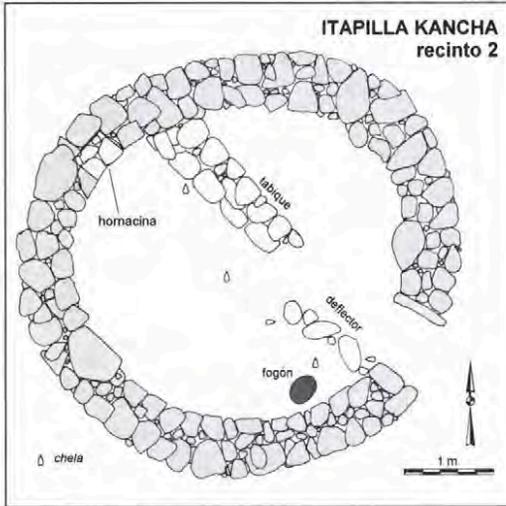


Figura 4. Recinto 2 de Itapilla Kancha.

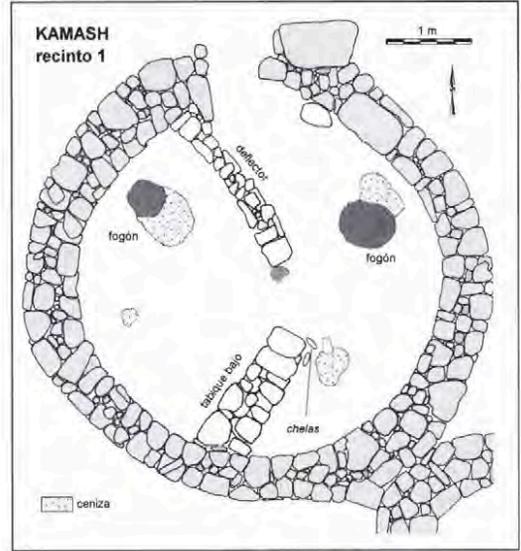


Figura 5. Recinto 1 de Kamash.

estos dos ambientes como “de acceso” e “interno,” respectivamente.

En cuanto a las hornacinas, se han observado hasta dos de ellas al interior de un mismo recinto, siempre ubicadas en la mitad opuesta al acceso, a una altura de 0.6 a 0.8 m del piso. Suelen ser cúbicas con medidas que oscilan alrededor de 0.45 m en cada sentido.

Un rasgo observado en el recinto 1 de Kamash (Figura 5), pero que se repite en viviendas del período siguiente, es un segundo fogón ubicado frente a la puerta en el ambiente de acceso. Otros lentes de ceniza más alejados de la entrada parecen representar actividades esporádicas y no presentan una intensidad de uso comparable a las estructuras de combustión antes mencionadas. Otro rasgo observado en dos casos es una segunda estructura circular más pequeña (diámetro ca. 1.5 m), adosada al recinto mayor en el lado opuesto a la entrada, a modo de “ábside” (Figura 3, señalada con la letra “a”). A falta de excavaciones en estas viviendas, no podemos dar mayores precisiones sobre su funcionalidad o cronología.

Ninguna de las estructuras excavadas poseía desechos *de facto* (*sensu* Schiffer 1987) – artefactos útiles dejados *in situ* al momento del abandono. Tampoco podemos establecer si los materiales recuperados en contextos de piso (Tabla 2) fueron producidos por actividades realizadas al interior de los recintos (residuo primario) o constituyen basura depositada tras su abandono (o una

combinación de ambos). La ausencia de instrumentos de molienda, elementos que poseen un alto valor de reúso, pero suelen ser abandonados en el sitio por sus dificultades de transporte, sugiere que las viviendas investigadas han estado además sujetas a intensos procesos de reclamación o extracción de todo elemento útil. Esta inferencia es consistente con los evidentes signos de reocupación mencionados anteriormente.

En términos de densidad, podemos señalar una tendencia de los desechos a concentrarse en el entorno inmediato de los fogones y, en el caso del recinto 1 de Kamash, en todo el ambiente de acceso. Tanto en Kamash como en Itapilla Kancha, las áreas de las estructuras mejor mantenidas se encontraban en el sector del ambiente interno opuesto al fogón principal. Los materiales recuperados comprenden cerámica fragmentada, desechos de talla en calcedonia, obsidiana y especialmente andesita (estos últimos, producto de la fabricación o reparación de azadas o *chelas*), instrumentos líticos (azadas, puntas de proyectil con limbo triangular y pedúnculo, cuchillos), restos óseos, mineral de cobre y torteros.

Los recintos hasta aquí analizados representarían la porción cubierta de la vivienda de este período. El espacio doméstico incluiría además el área abierta adyacente a cada una de estas estructuras, que salvo contadas excepciones carece de toda demarcación arquitectónica. Algunas de estas ex-

Items	Itap K r2	Kam r1	Cajil r1	Cruz V r1	Cr V r200	ALak r500	BLak r1
frag. cerámicos	327	167	423	1.136	80	570	1.505
desechos líticos	107	59		1 lasca		2 lascas	1 núcleo, 134 lascas
puntas de proyectil	5 + 1 frg	1 + 3 frg	2 + 1 frg		3	4	2
chelas ent. + frag. instrumentos moler/pulir	4 frg	2 frg	3 e + 22 frg mano	1 entera molino plano	1 entera	2 frg.	16 e, 19 frg 2 pulidor, 2 manos y 1 molino plano (frg)
instrumentos textiles	1 tortero y 3 frg			escudilla hilander		tortero	2 torteros, 2 <i>wichuña</i>
pigmento (ocre)		si				si	si
cuentas de collar						13 (concha, cerámica)	3 (concha, vidrio)
metal (cobre)	mineral Cu					punzón, anillo	escoria y mineral
otros	cuchillo		esfera de piedra	boleadora, malaquita (frg)	raspador	cuchara (frg)	<i>wak'a</i> , pesa, 2 frg hierro, cuchara, 2 fichas

Tabla 2. Elementos recuperados en contextos de piso en las viviendas excavadas (no se incluyen hallazgos en rellenos ni en superficies posteriores de reocupación).

cepciones pueden verse en la planimetría de Kamash (señaladas con la letra "e"); se trata de cierres parciales o verdaderos patios circunscritos mediante muros bajos de formas diversas. En la gran mayoría de los casos, sin embargo, el espacio exterior de la vivienda se funde con el espacio común del poblado, donde se conjugarían actividades domésticas con la circulación, el descarte de residuos, etc. Los sondeos realizados hasta ahora no han permitido detectar rasgos exteriores, pero sí acumulaciones de basura (p.e., Kamash, sondeo 2). Es común que dos, tres y hasta cuatro viviendas estén adosadas entre sí, pero la orientación diversa de sus vanos, la ausencia de patios u otras habitaciones compartidas y, en general, la falta de rasgos que marquen agrupamientos de recintos o definan niveles de articulación intermedios entre el recinto simple y el poblado, sugieren que cada estructura techada con su área externa adyacente se comporta como una unidad de vivienda independiente.

Los sitios considerados poseen también estructuras más grandes que podrían ser contemporáneas de las viviendas, aunque es difícil asegurarlo con los datos disponibles. Algunas de ellas parecen

haber servido de corrales, a juzgar por la presencia de puertas bien definidas. Cualquiera sea la cronología o funcionalidad de estos recintos, sin embargo, ninguno de ellos se articula repetitivamente con las habitaciones como para considerarlos parte de la vivienda.

Período de Desarrollos Regionales Tardío (1200-1450 DC)

Los asentamientos habitacionales de este período son de tres tipos: (1) poblados bajos con recintos circulares o elípticos, como Sutuj Uno (Figura 6), Cajil (Figura 7) o Sutulcha 2; (2) poblados bajos con recintos rectangulares, como Bajo Lakaya o Talapaca; (3) asentamientos defensivos o *pukaras* que combinan recintos circulares/elípticos y rectangulares, como Cruz Vinto⁶ (Figura 8), Alto La-

⁶ Cruz Vinto ha sido también descrito brevemente por Arellano (2000: 234), quien lo considera un asentamiento Inka, rodeado de *colcas* "para almacenar alimentos" hacia el norte. Más allá de su interpretación funcional de la forma arquitectónica *chullpa*, cabe destacar que no hemos encontrado ningún artefacto ni rasgo de filiación Inka en superficie ni en excavación y que la cronología del sitio, establecida en base a tres fechas radiocarbónicas, es anterior.

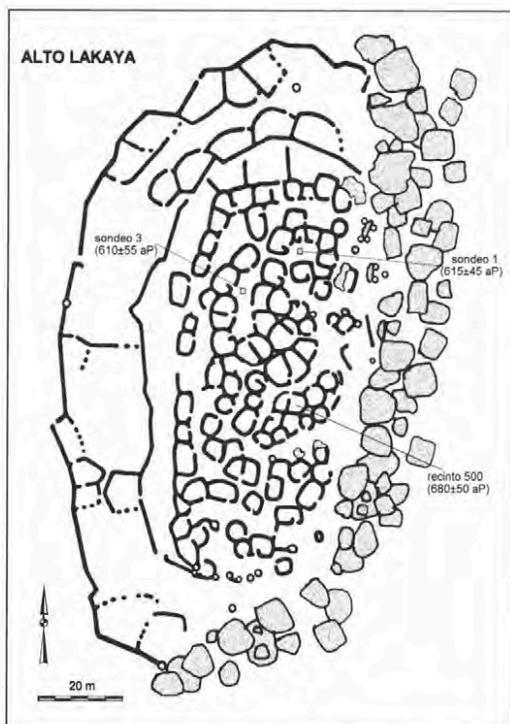


Figura 9. Planimetría de Alto Lakaya.

cerámica Inka e Hispano-Indígena en los poblados con este tipo de estructuras y por las fechas absolutas.

Por sus fechas absolutas y por la propia heterogeneidad formal de las estructuras que alojan, los *pukaras* corresponderían a la época de transición entre el uso de las formas circulares y rectangulares en el espacio doméstico alrededor del siglo XIV (Nielsen 2002). Respecto a la relación entre poblados bajos y *pukaras*, cabe la posibilidad de que estos últimos hayan sido utilizados como asentamientos permanentes durante un lapso relativamente breve o que hayan servido de reductos defensivos temporariamente ocupados por grupos que habitaban la mayor parte del año en poblados bajos cercanos. Nos inclinamos por la segunda alternativa, aunque la variación en los indicadores de intensidad de ocupación registrados hasta el momento en las excavaciones (desarrollo y superposición de pisos, remodelaciones, acumulación de basura, etc.) podría sustentar un escenario intermedio, en el que algunas viviendas en algunos *pukaras* podrían haber estado permanentemente habitadas, mientras que otras (u otros sitios en su totalidad) serían ocupadas sólo en forma ocasional.

Centrando la atención en la estructura del espacio doméstico, reconocemos en todos estos sitios dos tipos básicos de viviendas: circulares/elípticas y rectangulares. Los casos del primer tipo que hemos excavado (Figura 7, 10 y 11) revelan continuidad con las viviendas del período anterior, a pesar de mostrar un cambio gradual hacia la forma elíptica. Las dimensiones, la orientación de los vanos de acceso, el ancho y técnica de construcción de muros, son similares. La excepcional preservación arquitectónica de las viviendas de

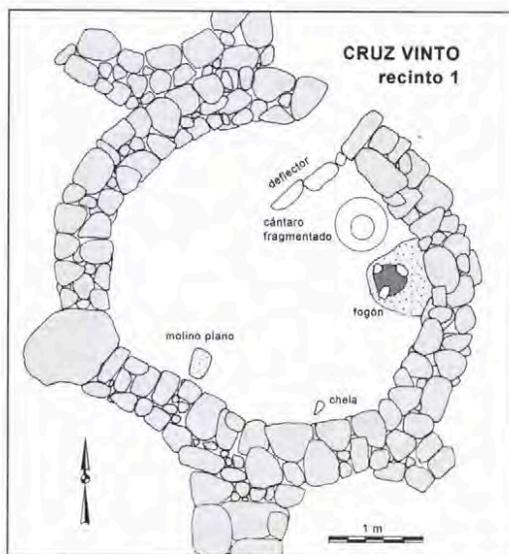


Figura 10. Recinto 1 de Cruz Vinto.

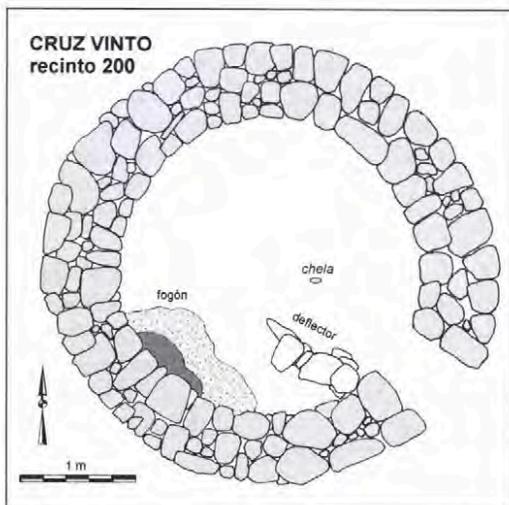


Figura 11. Recinto 200 de Cruz Vinto.

Sutuj Uno, que en dos casos conservan intactos hastiales en cada extremo de la elipse, permiten afirmar que los techos estaban contruidos a dos aguas. Ignoramos si esta observación puede aplicarse a las viviendas anteriores o si aquellas poseían cubiertas cónicas como las que caracterizan los actuales puestos pastoriles circulares de Lípez. Tomando como referencia el nivel de la superficie original identificado en el sondeo, la cúspide de los hastiales de Sutuj Uno estaría a 2.4 m sobre el piso del recinto, el dintel de la abertura a 1.4 m y la parte superior de los muros en los lados mayores de la elipse a casi 2 m.

Pasando a la organización interna, continúa la presencia de hornacinas, así como de deflectores de aire protegiendo a la principal estructura de combustión del recinto. En Cajil y Cruz Vinto estos fogones poseen tres piedras firmemente clavadas en el suelo que facilitarían la colocación de vasijas sobre el fuego —especialmente ollas con base pequeña o de base hemisférica. El recinto 1 de Cajil posee también otros fogones menos desarrollados en la mitad opuesta de la estructura. En este recinto se encontró además un pozo de unos 0.20 m de profundidad, conteniendo una esfera de piedra pulida de 13 cm de diámetro y un gran fragmento de escudilla Mallku/Hedionda.

El recinto 500 de Alto Lakaya representa lo que podríamos considerar una variedad algo diferente de la vivienda elíptica, pero que se repite en este sitio y en otros de la región (Figura 12). Es un poco más grande (22 m²) y se encuentra dividida en dos ambientes desiguales por un muro o tabique que la atraviesa casi en su totalidad. Ambos lados podrían haber estado techados a juzgar por la presencia de varias huellas de postes, aunque es posible que algunas de estas huellas no correspondan a columnas sino a otro tipo de rasgo (p.e., telares de piso). Los dos ambientes poseen estructuras de combustión, aunque las mejores desarrolladas se ubican claramente hacia el centro de la vivienda al este del muro divisor. La posición de estos fogones bastante alejados del vano y desprovistos de deflectores de aire, sugieren que este ambiente no estaba totalmente techado, aunque el fogón más cercano al acceso sí parece haber tenido una gran roca plana (actualmente caída) resguardándolo de las corrientes de aire que ingresaban por la puerta. Una forma de conciliar estos indicios aparentemente contradictorios es pensar la planta del recinto 500 de Alto Lakaya como el

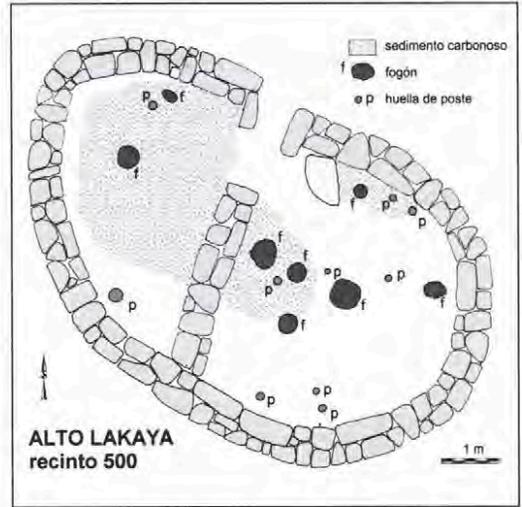


Figura 12. Recinto 500 de Alto Lakaya.

resultado acumulado de una trayectoria en la que la vivienda atravesó por diversos modos de uso, estando totalmente techada en algunos momentos y en otros no. La escasa potencia de los pisos no permitió discriminar estratigráficamente estas hipotéticas fases.

El recinto 1 de Cruz Vinto (Figura 10) es el único que parecía contener artefactos útiles o residuos *de facto*, incluyendo algunas piezas cerámicas reconstruibles. Estas últimas comprendían un gran cántaro rojo entre el deflector y el fogón y, ubicados hacia el centro del recinto, un cántaro más pequeño, una olla de cocina y tres escudillas sin decoración, una de ellas con varios orificios en su interior, testimonio de su utilización como base de rotación de huso en tareas de hilado. Por su gran tamaño y carencia de asas, el cántaro detrás del deflector parece haber funcionado como un reservorio de agua relativamente “fijo” dentro de la vivienda. Otros artefactos recuperados sobre el piso fueron un molino plano y una azada entera.

Los desechos encontrados en las demás estructuras pueden haber resultado tanto de actividades realizadas *in situ* como de descartes de basura luego de su abandono (ver Tabla 2). Las diferentes clases de ítems (tiestos, *debitage*, restos óseos, puntas de proyectil y *chelas* enteras o fragmentadas) se distribuyen en los pisos sin orden aparente. Nuevamente, las mayores densidades de desechos ocurren cerca de las estructuras de combustión y las menores en el sector del recinto opues-

to a la entrada. A diferencia de las viviendas del período anterior, todas las estructuras de este momento contenían cerámica del grupo Mallku/Hedionda.

La vivienda circular más tardía que hemos datado es el recinto 200 de Cruz Vinto (Figura 11), ocupado en forma (radiocarbónicamente) contemporánea con las primeras evidencias del uso de habitaciones rectangulares, como por ejemplo el recinto 2 de este mismo sitio (Figura 13). Aunque esta última estructura no ha sido excavada en su totalidad, revela con claridad varias características que se repiten en las viviendas del próximo período, como paredes ligeramente curvas, esquinas redondeadas, la ubicación del vano de acceso hacia un extremo de uno de los lados mayores del rectángulo (por lo general, el orientado entre 0 y 180°), hastiales en los lados menores del rectángulo, el deflector protegiendo el fogón junto a la puerta, las hornacinas y una banqueta adosada al interior de uno de los muros mayores en el cuadrante opuesto al acceso. El fogón —de donde procede la muestra datada— pertenece al tipo “de tres piedras” que se encuentra en los recintos circulares/elípticos contemporáneos recién descritos.

Contamos con otras tres dataciones vinculadas a estructuras semejantes a ésta que demuestran que, si bien la vivienda rectangular recién se generaliza durante los Períodos Inka e Hispano-Indígena, sus orígenes se remontan al siglo XIV. Una de ellas procede de un basurero sondeado en Talapaca —un sitio formado exclusivamente por estructuras rectangulares— y las otras dos de un edificio fren-

te a la plaza central de Bajo Lakaya que, si bien no parece haber sido una vivienda, se encuentra rodeado de viviendas rectangulares.

Pasando al espacio no techado, en varios sitios se observan pequeños parapetos semicirculares contruidos de pirca seca (< 1 m de altura) adosados al exterior de las viviendas. Estos rasgos servirían de protección contra el viento para áreas de actividad exteriores, probablemente asociadas a estructuras de combustión, como lo ratifica la excavación de uno de ellos en Cruz Vinto (recinto 3), que puso al descubierto un fogón en forma de cubeta con restos de varias vasijas asociadas.

Los asentamientos de este período tampoco muestran una formalización arquitectónica consistente de las áreas domésticas exteriores ni una separación entre éstas y el espacio público. Son comunes las hileras de dos a cinco estructuras (elípticas o rectangulares) adosadas por sus lados menores, aunque muy raramente comparten muros medianeros (casi siempre se trata de muros independientes adosados). En Cruz Vinto y Alto Lakaya hay instancias de varias habitaciones que tienen sus puertas orientadas a un área exterior compartida. La aparente similitud de los recintos y la falta de soluciones de continuidad entre estas “áreas comunes” y el resto de las calles o sendas, no permiten interpretar estos conjuntos como espacios domésticos complejos (es decir, formados por varias unidades arquitectónicas funcionalmente diferenciadas) ni como evidencia de un vínculo especial entre grupos, que permita definir claramente un nivel de integración intermedio entre la unidad corresidencial y la comunidad. Probablemente constituyan una de las pocas soluciones posibles a los problemas de circulación y acceso, propios de contextos de edificación tan concentrados.

Los poblados de esta época reflejan un aumento considerable en el tamaño máximo de las comunidades. Cajil tiene alrededor de 50 viviendas, Cruz Vinto y Alto Lakaya alrededor de un centenar. Por cierto, continúan existiendo comunidades más pequeñas, como lo ejemplifica el caso de Sutuj Uno y Ranchopata, sitios con alrededor de 10 viviendas cada uno. En los sitios de mayor tamaño, *pukaras* (Cruz Vinto, Churupata) o poblados bajos (Bajo Lakaya), hace aparición por primera vez en la secuencia regional la plaza como espacio claramente definido dentro del asenta-

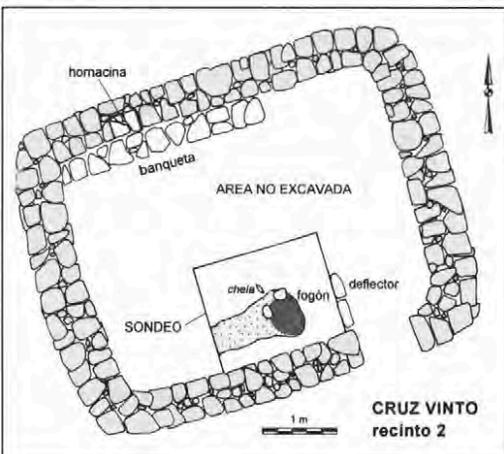


Figura 13. Recinto 2 de Cruz Vinto.

miento. Las tres plazas relevadas hasta el momento poseen *chullpas* en su flanco oriental.

Las concentraciones de *chullpas* alrededor del sitio –en el caso de los *pukaras*– o a un costado –en los poblados bajos– representan un segundo tipo de área no doméstica que se define en los asentamientos de esta época.

Períodos Inka e Hispano-Indígena (1450-1700 DC)

Como lo expresamos anteriormente, no contamos con excavaciones en viviendas del Período Inka. No obstante, el recinto 1 de Bajo Lakaya, que poseía artefactos de origen europeo y cuyo fogón fue datado en 270 ± 45 AP, muestra una extraordinaria semejanza con el recinto 2 de Cruz Vinto (Figura 13, 780 ± 70 AP), lo que avala la conclusión de que, a pesar de los dramáticos cambios que acompañaron a las conquistas Inka e Hispana, la vivienda en el norte de Lípez no experimentó cambios significativos entre fines del siglo XIV y el siglo XVII. Esta idea encuentra fundamentos independientes en sitios como Talapaca, Sía, Pelcoya, Juchijsa, Amor y Patana, con cerámica Inka en superficie y enteramente formados por viviendas rectangulares que, en muchos casos, ponen en evidencia a la observación superficial varios de los rasgos registrados en las dos estructuras excavadas. Más aún, algunos de los poblados bajos de viviendas rectangulares están directamente asociados con los nombres de “pueblos aymaras” de Lípez enumerados por Lozano Machuca en su carta de 1581 o en el Padrón de Reducción de 1603 (Martínez 1995), como, por ejemplo, Patana, Chea (Sía), Pilcoya (Pelcoya), Chuyca (Lakaya, situado junto a la actual población de Santiago Chuvica) y tal vez Cheucha (posiblemente Amor).

Los recintos rectangulares son por lo general un poco más grandes que sus contrapartes circulares, superando frecuentemente los 20 m². La cúspide del hastial del recinto 1 de Bajo Lakaya que se encuentra en pie está a 3.4 m sobre el piso de la estructura. Sin ánimo de generalizar esta observación a todas las estructuras de su clase, cabe notar que la cumbre de esta habitación es casi un metro más alta que las de las estructuras elípticas de Sutuj Uno. Una huella de poste al centro del recinto indica que el techo estaba internamente apuntalado mediante una columna.

El recinto 1 de Bajo Lakaya proporciona algunos detalles interesantes sobre la estructura interna de las viviendas rectangulares. Además de los rasgos ya mencionados (deflector, hornacina y banqueta, en este caso en forma de “L”), posee en la esquina frente al acceso un tabique formado por rocas planas, clavadas verticalmente en el suelo. Entre este rasgo y la pared del recinto se encontraron fragmentos de vasijas grandes (cántaros) reconstruibles, que habrían actuado como contenedores “fijos” destinados al almacenaje. Este tipo de tabique –probablemente destinado a proteger las vasijas– no es un rasgo aislado, sino que se advierte desde la superficie en varias viviendas de Bajo Lakaya y Talapaca.

La estructura de combustión detrás del deflector también muestra mayor elaboración que los “fogones de tres piedras” del período anterior. Por su forma, hemos denominado a este tipo de rasgo –que se repite en las estructuras frente a la plaza central del sitio– “fogón en ojo de llave”. Consta de una cubeta honda (20 cm) intensamente utilizada y un canal alargado y menos profundo, relleno de cenizas, ambos completamente rodeados por piedras. Cerca del mismo, contra el muro sur del recinto, había una gran piedra plana con rastros de haber sido utilizada como superficie para cortar, moler y machacar. A su lado había un fragmento de *conana*.

Los ítemes recuperados en el contexto de piso parecen combinar desechos *de facto* relacionados al uso del recinto y posteriores descartes de basura. Entre los primeros cabe mencionar varias azadas líticas, pulidores, manos de moler, instrumentos para hilar o tejer (torteros, *wichuñas*), cuentas de collar, un brazalet y un cincel de cobre.

Un objeto particularmente interesante encontrado al medio de la habitación, junto a la huella de poste, es una roca pulida ovalada con una acanaladura central. Este tipo de artefacto, que formalmente se parece al cabezal de una maza o martillo pero que carece de rastros de utilización, es denominado *wak'a* por los actuales pobladores de la región. Dicen que estas piedras eran como “santos” para los antiguos, quienes solían conservarlas en sus casas. Hasta hoy, la gente de Lípez considera que estos objetos están dotados de gran poder, que puede ser utilizado para curar o que encierra un gran peligro para quien no les muestra el debido respeto. La ofensa (o indiferencia) hacia una *wak'a* es considerada causa de enfer-

medades que sólo pueden ser curadas *ch'allando* y realizando las ofrendas apropiadas. El hallazgo de este objeto en Lakaya sugiere que estas piedras también pudieron jugar un papel destacado en la organización cultural de la vivienda, quizás desde tiempos prehispánicos. Más aún, la esfera de piedra pulida enterrada bajo el piso del recinto 1 de Cajil, podría ser una variante de este tipo de objetos. Si este tipo de hallazgo se repitiese, sería legítimo pensar que el culto a las *wak'as* y su vinculación con el espacio doméstico hunden sus raíces en el Período de Desarrollos Regionales.

En Talapaca, Juchijsa, la parte norte de Bajo Lakaya (que parece ser el sector más tardío del sitio) y varios de los sitios mencionados en la documentación temprana, se advierte un principio de demarcación de las áreas de actividad externas de cada vivienda a través de muros bajos que delimitan frente a la habitación un "patio" de forma aproximadamente rectangular, con medidas que oscilan entre 40 y 120 m² (Figuras 14 y 15). El recinto 1 de Bajo Lakaya, por ejemplo, posee un patio de estas características que además incluye un rasgo circular (ca. 1.7 m de diámetro), posiblemente una *chullpa*, aunque no podemos

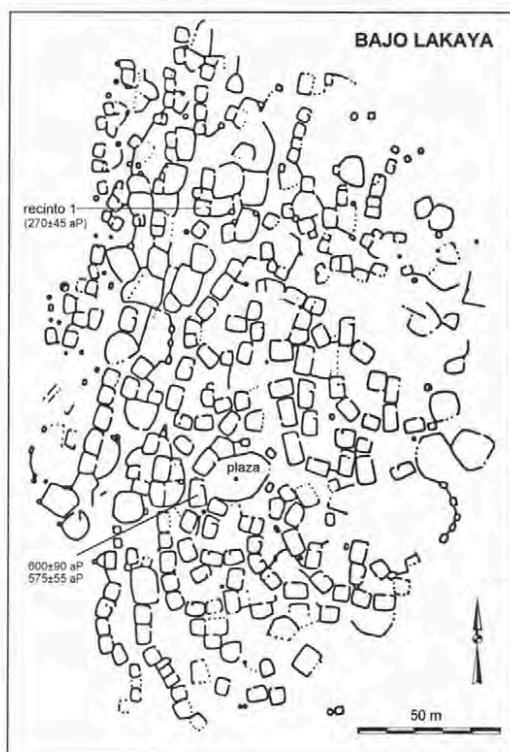


Figura 15. Planimetría de Bajo Lakaya.

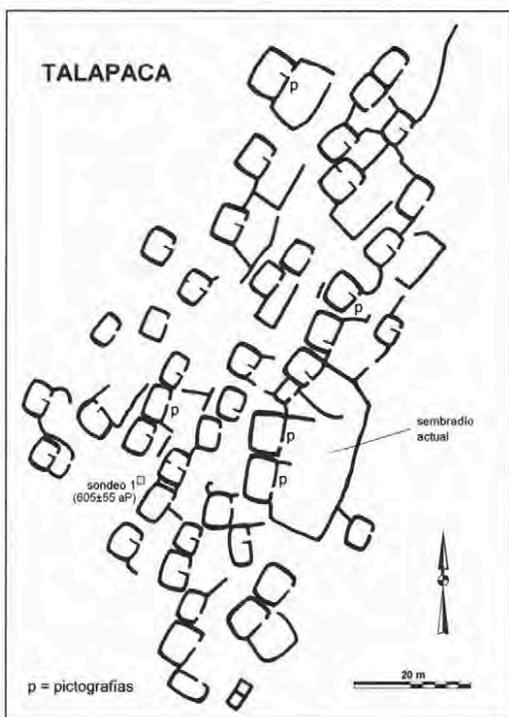


Figura 14. Planimetría de Talapaca.

asegurarlos, dado el mal estado de conservación de la estructura (Figura 16). En algunas viviendas de Talapaca,⁷ son pequeños dibujos realizados en pintura roja en el frente de la habitación, junto a la puerta de entrada. Los diseños relevados comprenden camélidos y posiblemente aves (cóndores?), ambos representados muy esquemáticamente, además de motivos geométricos.

Aparentemente hay un aumento del tamaño máximo de las comunidades, aunque por ahora no es posible determinar su magnitud, debido a las dificultades para establecer el grado de contemporaneidad entre las estructuras registradas en la planimetría. Bajo Lakaya, por ejemplo, supera las 200 viviendas, pero el hallazgo de un espeso depósito de basura en el relleno del edificio excavado frente a la plaza, sugiere que esta parte del sitio pudo ser tempranamente abandonada, hacia el si-

⁷ En base a las características del conjunto cerámico superficial, pensamos que este sitio fue habitado principalmente durante los Periodos Inka e Hispano-Indígena, a pesar de que la fecha del sondeo lleve los inicios de su ocupación a fines del período anterior.

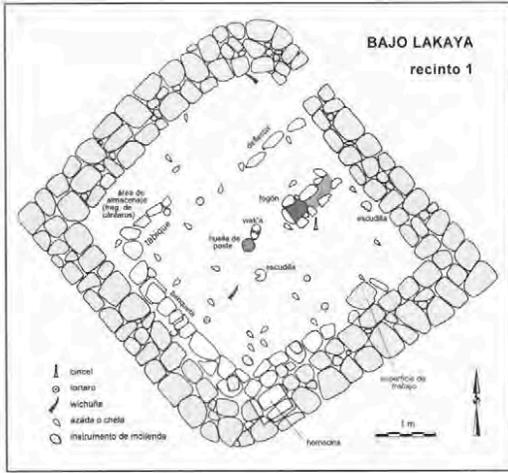


Figura 16. Recinto 1 de Bajo Lakaya.



Figura 17. Orkho Sonko.

glo XV de acuerdo con la última fecha radiocarbónica obtenida en este recinto. El sector norte del sitio (donde se encuentra el recinto 1), en cambio, continuó siendo habitado hasta el Período Hispano-Indígena. Otros sitios grandes pero de dimensiones difíciles de precisar por el impacto de la ocupación actual son Rancho, Santiago K (el “pueblo principal” de Chuquilla nombrado por Lozano Machuca en 1581), Ranchu Cucho y Khaysur. Junto a ellos hay varios asentamientos que rondan el medio centenar de viviendas (p.e., Talapaca, Patana) y algunos caseríos aún más pequeños como Orkho Sonko en la Figura 17. Estas evidencias se ajustan perfectamente a la estructura jerárquica del sistema de asentamiento de Lípez descrita por Lozano Machuca (1992 [1581]: 30-31) en el siglo XIV:

“...habrá como cuatro mil indios aymaraes, antes más que menos, y éstos están por reducir, divididos en muchas partes y pueblos muy distintos y apartados unos de otros en las poblaciones siguientes: Colcha, que es el pueblo donde reside el sacerdote, Chuquilla y Queme, Cheucha, Becaya, Ojas, Tuca, Palas, Patana, Abana, los cuales son pueblos principales del dicho distrito, y sin éstos habrá otros cien pueblezuelos de a 10, 20, 30, 50, 80 indios”.

El sitio de Orkho Sonko posee, además de las viviendas rectangulares con patios semicercados, dos estructuras circulares diferentes a las demás por su tamaño (< 3 m) y menor calidad constructiva. Un sondeo excavado en una de ellas expuso

un fogón que arrojó una fecha reciente, aunque radiocarbónicamente contemporánea con la del recinto 1 de Bajo Lakaya. Hasta contar con mayores excavaciones, este resultado deja abierta la alternativa de que este tipo de estructura represente: (1) una práctica tardía de proteger mediante muros o parapetos algunas áreas de actividad exteriores, como sucede con los *llaneros* o “cocinas diurnas” de la vivienda pastoril actual en Lípez (Nielsen 2000), o (2) una reutilización de un sitio anterior (originalmente del Período Inka o Hispano-Indígena), comparable a la registrada en los niveles superiores de las dos viviendas circulares tempranas excavadas en Kamash, tal vez relacionada a una ocupación temporaria, similar a las *antas* o puestos actuales. De hecho, la reocupación del recinto 2 de este último sitio produjo una fecha similar a Orkho Sonko. En cualquier caso, con este ejemplo queremos recordar que en todo patrón de asentamiento existe una cuota de variabilidad y oportunismo –hasta en un caso tan homogéneo y pautado como el que nos ocupa– y subrayar que, a pesar del predominio absoluto de la forma rectangular a partir del siglo XV, las formas circulares continuaron estando ocasionalmente presentes en la arquitectura doméstica.

Síntesis: Continuidad y cambio en el espacio doméstico

Sintetizando la información presentada hasta aquí, diremos que a pesar de los cambios formales iden-

tificados, la vivienda en el norte de Lipez mantiene sin mayores alteraciones un esquema funcional básico entre los siglos X y XVII, por lo menos. La principal transformación es el paso de la forma circular a la rectangular en el siglo XIV, que comprendería como transición estructuras elípticas, techadas a dos aguas y con el vano de acceso situado en un lado mayor de la elipse, hacia un extremo. Este cambio podría verse acompañado por la desaparición de las divisiones internas observadas con cierta frecuencia –aunque no invariablemente– en las viviendas del Período de Desarrollos Regionales, algunos cambios en el diseño del fogón principal (cubeta-“tres piedras”-“ojo de llave”), la aparición ocasional de nuevos rasgos (p.e., banquetas, tabiques protegiendo un área de almacenaje, pictografías) y, hacia el final de la secuencia, la tendencia a cercar el espacio no techado frente a la habitación principal. Queda pendiente evaluar a través de nuevas excavaciones qué tan generalizadas se encuentran estas características en cada período.

Las continuidades parecen ser más significativas. En todo el lapso considerado, la vivienda está formada por una habitación simple techada y un área exterior que en la mayoría de los casos no está formalmente circunscrita ni separada del espacio público. Las técnicas constructivas, orientación de los accesos y dimensiones del área cubierta tampoco cambian significativamente. Se mantiene el uso de hornacinas y la presencia de un fogón principal protegido por un deflector de aire junto al acceso. En su versión más simple, el interior de la vivienda se estructura en torno a dos áreas principales: una de ellas está centrada en el fogón principal y suele concentrar la mayor cantidad de desechos; la otra se presenta como un sector mejor mantenido, libre de rasgos, asociado a las hornacinas y alejado de la entrada. Hasta algunas prácticas vinculadas a la constitución ritual del ámbito doméstico –como las centradas en el culto a las *wak'as*– podrían tener una larga vigencia, si nuestra interpretación de la esfera de piedra de Cajil como una antecesora de este tipo de objetos es correcta. A diferencia de lo que sucede en esta época en regiones cercanas dentro del centro-sur andino (p.e., en la quebrada de Humahuaca), no se han registrado prácticas funerarias en el ámbito doméstico.

Un último punto que quisiéramos destacar es la notable uniformidad que muestran las viviendas

en todos los momentos considerados. No dudamos que la ampliación de las excavaciones llevará a identificar nuevos rasgos y otras variantes en la organización interior y exterior de las áreas domésticas. Sin embargo, la gran visibilidad que tiene la arquitectura en Lipez nos permite aseverar que estos avances difícilmente cambiarán esta imagen de homogeneidad y adhesión a un modelo arquitectónico rígidamente prescrito.

Cotejar las características del espacio doméstico en el norte de Lipez y en otras regiones resulta difícil debido a la relativa escasez de datos comparables publicados y a las propias condiciones de preservación de la arquitectura que limitan las posibilidades de observación superficial. Asentamientos aproximadamente contemporáneos con viviendas de planta circular o elíptica han sido registrados en el centro-sur andino desde la Sierra de Arica hasta la Puna de Jujuy (Albeck 1998; Dauelsberg 1983; Lecoq 1999; Schiappacasse *et al.* 1989; Wise 1993), aunque carecemos de información suficiente para determinar su grado de semejanza con las de Lipez. Los datos publicados sugieren, en cambio, que la arquitectura doméstica en algunos valles y quebradas de la vertiente oriental andina (p.e., quebrada de Humahuaca, cuenca del Río Grande de San Juan, valle del Cinti) es muy diferente de la descrita en los apartados anteriores. Sería especialmente importante realizar una comparación pormenorizada con los espacios domésticos del Alto Loa, ya que podría brindar una línea de evidencia crucial para esclarecer la naturaleza de las “influencias altiplánicas” sobre esta región (Castro *et al.* 1984).

Discusión

¿Qué relaciones podemos establecer entre el espacio doméstico y los modos de vida en Lipez o la organización de esta sociedad? ¿Qué nos dicen estas viviendas sobre sus antiguos ocupantes?

En primer lugar, sugieren que los grupos corresponsables estaban formados por pocos individuos. Aun si tomamos como referencia los índices más pequeños utilizados en arqueología para inferir número de personas a partir de áreas cubiertas (p.e., 2.3 m² /persona para las primeras 6 y 9/ persona adicional, ver Hassan 1981: 73), no podemos estimar más de 8 ó 9 ocupantes para las viviendas más grandes relevadas. Si a esto sumamos la aparente ausencia de habitaciones interco-

municadas, recintos arquitectónicamente integrados en grupos discretos o complejos de estructuras que pudieran resultar de una subdivisión progresiva del espacio, cabe concluir que es probable que los grupos coresidenciales estuvieran constituidos por familias nucleares –incluyendo nucleares incompletas (Mayer 1977: 61)–, una norma que parece mantenerse inalterada durante toda la secuencia. Desde el punto de vista dinámico, este patrón nos remite a una “estrategia de reproducción neolocal” en la que “el objetivo de los padres es ayudar a que los hijos casados se establezcan por sí mismos tan pronto como sea posible, como unidades domésticas nucleares, exitosas, pero separadas en sus propias casas” (Blanton 1994: 7).⁸

Wilk (1990) atribuye este tipo de práctica a sociedades caracterizadas por una fuerte identidad corporativa, donde los vínculos entre la persona y la comunidad –basados en la tenencia común de la tierra, la participación en grupos de trabajo y otras instituciones colectivas– son más importantes para la supervivencia que la red de parentesco particular en que está inmerso cada individuo. Las unidades domésticas son bastante independientes de sus parientes cercanos, lo que resulta en una tendencia a la residencia neolocal y una gran movilidad entre aldeas. En un sistema como éste la competencia entre unidades domésticas constituye una amenaza que tiende a ser reprimida. Puesto que la vivienda es un símbolo notable de pertenencia a la comunidad, se la somete al ideal de igualdad comunitaria (Wilk 1990: 38).

Esto nos remite a otro aspecto notable de los espacios domésticos analizados, a saber, su notable homogeneidad en todas las épocas consideradas. Las viviendas carecen de elementos que las jerarquicen o singularicen. No hay diferencias significativas en los materiales, tamaño, diseño, calidad o accesibilidad de los espacios domésticos que puedan ser interpretadas como signos de des-

igualdad o que permitan ver a las viviendas como expresiones de la identidad social de grupos domésticos particulares. Por el contrario, se diría que la casa niega enfáticamente las diferencias a través del respeto minucioso hacia un esquema ideal.

Al proyectarse en el tiempo, una actitud como ésta también daría cuenta de la estabilidad que mantiene la estructura del espacio doméstico a lo largo de los siglos, un fenómeno que se torna llamativo al considerar la magnitud de los cambios que indudablemente debieron experimentar estas poblaciones a raíz de los conflictos endémicos del Período de Desarrollos Regionales Tardío, la conquista Inka y la invasión europea.

No pretendemos argumentar que estas comunidades hayan sido igualitarias, negar que hayan existido diferencias de poder en su seno o inferir que la sociedad no experimentó cambios significativos a lo largo del período considerado. Esto deberá establecerse en el futuro a través de la consideración de múltiples líneas de evidencia (p.e., indicadores bioantropológicos, patrones diferenciales de consumo, entre otros). Lo que parece claro, sin embargo, es que cualquiera haya sido la magnitud o naturaleza de las desigualdades sociales efectivas y sus transformaciones, la vivienda no fue considerada un medio adecuado para proclamar diferencias de poder o condición social. ¿Cómo interpretar este hecho?

Basándose en propuestas parciales formuladas durante las últimas décadas, Blanton y otros autores (Blanton *et al.* 1996; Blanton 1998; Feinman 2000) han propuesto una distinción entre dos modos generales de acción política –“corporativo” y “de red”– que se repiten interculturalmente y que podría situar nuestras observaciones sobre la vivienda en un contexto más amplio. En la estrategia corporativa, el poder descansa en el control de los medios de producción local mediante códigos cognitivos que enfatizan la solidaridad, la interdependencia entre unidades sociales y obligaciones fijas inherentes a todos los miembros del grupo. Por el contrario, en la estrategia de red la preeminencia es fruto del desarrollo de una trama de obligaciones centradas en el individuo y basada en el manejo de relaciones sociales a larga distancia que implican el intercambio de personas, bienes exóticos y conocimientos de valor ampliamente reconocido (Blanton *et al.* 1996: 4-6). Estos dos modos, que representan polos analíticos

⁸ Cabe notar que actualmente esta no es la estrategia más común en LÍpez, donde con frecuencia las demandas de mano de obra resultantes de una economía doméstica diversificada, que conjuga la agricultura, el pastoreo, los viajes de intercambio y la migración estacional, privilegia las estrategias reproductivas de “continuidad,” asociadas a grupos domésticos más grandes (p.e., familias extensas), con viviendas más complejas, aunque no necesariamente habitadas en su totalidad o en forma permanente.

en un continuo de variación antes que “tipos” de sociedades, resultan en diferentes expresiones materiales de la acción política y, por lo tanto, en distintas manifestaciones arqueológicas de la desigualdad social:

“...the corporate mode emphasizes communal ritual, public construction, food production, large cooperative labor tasks, social segments that are woven together through broad integrative ritual and ideological means, and suppressed economic differentiation. Despite the presence of large architectural spaces, Renfrew (1974:79) aptly described individuals in such polities as relatively ‘faceless’ and ‘anonymous.’ In contrast, the network mode places greatest significance on personal prestige, wealth, power accumulation, elite aggrandizement, highly individualizing leadership, lineal patterns of inheritance and descent, personal networks, long-distance exchange, exotic wealth, princely burials, and the specialized manufacture of status-related craft goods... corporate and network strategies are presented as organizational modes that, to a great degree, crosscut societal variation in relative hierarchical complexity and stratification” (Feinman 2000: 38-39).

¿Sería legítimo interpretar la uniformidad y estabilidad del espacio doméstico en el norte de Lípez como testimonio del predominio de aspectos corporativos en la organización política? No es posible responder esta pregunta por ahora, pero podemos señalar otro fenómeno que parecería estar señalando en la misma dirección, a saber, la proliferación de *chullpas* que acompaña a los cambios políticos que tienen lugar a partir del siglo XIII en la región y que cobran expresión arqueológica en el aumento del tamaño máximo de las comunidades, la aparición de espacios públicos (que incluyen a estas estructuras) y el desarrollo de un sistema de asentamiento jerarquizado (Nielsen 2002). Si entendemos a las *chullpas* como referentes monumentales de los ancestros –hayan o no sido empleadas como tumbas– cabe inferir que el culto a los antepasados constituyó un as-

pecto central del nuevo orden político. Isbell (1997) sostiene que las *chullpas* y otras formas de “sepulcros abiertos” denotan el surgimiento de grupos corporativos en el control de la tierra o *ayllus* como bases de la organización social andina. Según este autor, el rango social y los privilegios se distribuían entre los miembros del *ayllu* en función de principios de distancia genealógica respecto al ancestro fundador ya fuera real o ficticio (Isbell 1997: 99). En una organización de este tipo, el poder no se construiría solamente a través del engrandecimiento individual, sino, fundamentalmente, en base al manejo de la solidaridad corporativa.

Por cierto, la uniformidad y aparente “anonimato” caracteriza a las viviendas del norte de Lípez desde varios siglos antes de la aparición de las *chullpas*. Si nuestra interpretación de las relaciones entre espacio doméstico y organización social es correcta, deberíamos rastrear los orígenes de las prácticas corporativas que distinguen a las formaciones políticas de los siglos XIII y XIV en procesos anteriores, que se remontan al menos al final del Período Formativo.

Al encarárselo desde esta perspectiva, un estudio comparativo de la estructura funcional del ámbito doméstico en diversas regiones podría revelar importantes diferencias entre las formaciones sociales prehispánicas del centro-sur andino, no sólo en el plano cultural o “étnico,” sino en la faz “organizacional”. Estas variaciones podrían involucrar no sólo distintos grados de desigualdad o heterogeneidad, sino formas diferentes de ser desiguales o heterogéneas y de expresarlo materialmente.

Agradecimientos Las investigaciones en que se basa este trabajo se realizaron mediante un convenio entre el Proyecto Arqueológico Altiplano Sur y la Dirección Nacional de Arqueología de Bolivia y fueron financiadas por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Jujuy y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina).

REFERENCIAS CITADAS

- ALBECK, M. E., 1998. Pueblo Viejo de Tucute: Sorcuyo revisitado. Una nueva visión sobre un sitio clásico del Noroeste Argentino. *Chungará* 30 (2): 143-160.
- ALDENDERFER, M. y C. STANISH, 1993. Domestic architecture, household archaeology, and the past in the south-central Andes. En *Domestic architecture, ethnicity, and complementarity in the south-central Andes*, M. Aldenderfer (Ed.), pp. 1-12. University of Iowa Press, Iowa City.
- ARELLANO, J., 2000. *Arqueología de Lipes, altiplano sur de Bolivia*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño-PUCE-Taraxacum, Quito.
- ARELLANO, J. y E. BERBERIAN, 1981. Mallku: El señorío post-Tiwanaku del altiplano sur de Bolivia (Provincias Nor y Sur López-Depto. de Potosí). *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 10 (1-2): 51-84.
- ASHMORE, W. y R. R. WILK, 1988. Household and community in the Mesoamerican past. En *Household and community in the Mesoamerican past*, R. Wilk y W. Ashmore (Eds.), pp. 1-27. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- BAWDEN, G., 1982. Community organization reflected by the household: A study of pre-Columbian social dynamics. *Journal of Field Archaeology* 9: 165-181.
- BINFORD, L. R., 1981. Behavioral archaeology and the 'Pompeii premise'. *Journal of Anthropological Research* 37: 195-208.
- BLANTON, R. E., 1994. *Houses and households: A comparative study*. Plenum, New York.
- 1998. Beyond centralization: Steps toward a theory of egalitarian behavior in archaic states. En *Archaic States*, G. Feinman y J. Marcus (Eds.), pp. 135-172. School of American Research Press, Santa Fe.
- BLANTON, R. E., G. M. FEINMAN, S. A. KOWLEWSKI y P. N. PEREGRINE, 1996. A dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization. *Current Anthropology* 37: 1-14.
- BOURDIEU, P., 1973. The Kabyle house or the world reversed. Reimpreso en *The logic of practice* (1980), pp. 271-283. Stanford University Press, Stanford.
- 1977. *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- CASTRO, V., C. ALDUNATE y J. BERENQUER, 1984. Orígenes altiplánicos de la Fase Toconce. *Estudios Atacameños* 7: 209-235.
- CIOLEK-TORRELLO, R., 1985. A typology of room function at Grasshopper Pueblo. *Journal of Field Archaeology* 12: 41-63.
- CLARKE, D. L. (Ed.), 1977. *Spatial archaeology*. Academic Press, London.
- COBB, C., 1992. Archaeological approaches to the political economy of nonstratified societies. En *Archaeological Method and Theory*, vol. 4, M. B. Schiffer (Ed.), pp. 43-100. University of Arizona Press, Tucson.
- DAUELSBERG, P., 1983. Investigaciones arqueológicas en la Sierra de Arica, sector Belén. *Chungara* 11: 63-83.
- D'ALTROY, T. N. y C. A. HASTORF, 2001. *Empire and domestic economy*. Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- DOUGLAS, M., 1972. Symbolic orders in the use of domestic space. En *Man, settlement, and urbanism*, P. Ucko, R. Tringham y G. Dimbleby (Eds.), pp. 513-522. Duckworth, London.
- FEINMAN, G. M., 2000. Corporate/network: New perspectives on modes of political action and the Pueblo Southwest. En *Social theory in archaeology*, M. B. Schiffer (Ed.), pp. 31-51. University of Utah Press, Salt Lake City.
- GIDDENS, A., 1979. *Central problems in social theory: Action, structure and contradiction in social analysis*. The Macmillan Press, London.
- GOODY, J., 1972. The evolution of the family. En *Household and family in past time*, P. Laslett y R. Wall (Eds.), pp. 103-124. Cambridge University Press, Cambridge.
- HASSAN, F., 1981. *Demographic archaeology*. Academic Press, New York.
- HASTORF, C. A. y T. N. D'ALTROY, 2001. The domestic economy, households, and imperial transformation. En *Empire and domestic economy*, T. D'Altroy y C. Hastorf (Eds.), pp. 3-25. Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- HILLIER, B. y J. HANSON, 1984. *The social logic of space*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HORNE, L., 1982. The household in space. *American Behavioral Scientist* 25: 677-685.
- ISEBELL, W. H., 1997. *Mummies and mortuary monuments: A postprocessual prehistory of Central Andean social organization*. University of Texas Press, Austin.
- JONES, S., 1997. *The archaeology of ethnicity*. Routledge, London.
- LAWRENCE, D. y S. LOW, 1990. The built environment and spatial form. *Annual Review of Anthropology* 19: 453-505.
- LECOQ, P., 1999. *Uyuni préhispanique*. BAR International Series 798, Oxford.

- LOZANO MACHUCA, J., 1992 [1581]. Carta del Factor de Potosí Lozano Machuca en que da cuenta de cosas de aquella villa y de las minas de los Lipez. *Estudios Atacameños* 10: 30-34.
- MARTINEZ, J. L., 1995. Papeles distantes, palabras quebradas. Las informaciones sobre Lipez en el siglo XVI. En *Espacio, etnias, frontera. Atenuaciones políticas en el sur del Tawantinsuyu s. XV-XVIII*, A. M. Presta (Ed.), pp. 285-317. Ediciones ASUR, Sucre.
- 1998. *Pueblos del chañar y el algarrobo: Los atacamas en el siglo XVII*. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago.
- MAYER, E., 1977. Beyond the nuclear family. En *Andean kinship and marriage*, R. Bolton y E. Mayer (Eds.), pp. 60-80. Special Publication of the American Anthropological Association 7, Washington.
- MOORE, J. D., 1996. *Architecture and power in the ancient Andes: The archaeology of public buildings*. Cambridge University Press, Cambridge.
- NETTING, R. M., 1989. Smallholders, householders, freeholders: Why the family farm works well worldwide. En *The household economy: Reconsidering the domestic mode of production*, R. R. Wilk (Ed.), pp. 221-244. Westview Press, Boulder.
- NIELSEN, A. E., 1995. Architectural performance and the reproduction of social power. En *Expanding archaeology*, J. Skibo, W. Walker y A. Nielsen (Eds.), pp. 47-66. University of Utah Press, Salt Lake City.
- 1997. Aproximaciones arqueológicas y etnohistóricas a la diversidad cultural tardía en el Altiplano de Lipez. *Contribución Arqueológica 5: Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, vol. I, pp. 95-129, Copiapó.
- 2000. *Andean caravans: An ethnoarchaeology*. Ph. D. Dissertation. University of Arizona, Tucson.
- 2001. Ocupaciones formativas en el Altiplano de Lipez - Potosí, Bolivia. *Textos Antropológicos* 13: 265-285.
- 2002. Asentamientos, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia). *Revista Española de Antropología Americana* 32: 179-205.
- PARKER PEARSON, M. y C. RICHARDS, 1994. *Architecture and order: Approaches to social space*. Routledge, London.
- RAPOPORT, A., 1969. *House form and culture*. Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- 1990. Systems of activities and systems of settings. En *Domestic architecture and the use of space*, S. Kent (Ed.), pp. 9-20. Cambridge University Press, Cambridge.
- SAHLINS, M., 1972. *Stone age economics*. Aldine, Chicago.
- SCHIAPPACASSE, V., V. CASTRO y H. NIEMEYER, 1989. Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 DC). En *Culturas de Chile. Prehistoria: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.), pp. 181-220. Andrés Bello, Santiago.
- SCHIFFER, M. B., 1972. Archaeological context and systemic context. *American Antiquity* 37: 156-165.
- 1987. *Formation processes of the archaeological record*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- STANISH, C., 1989. Household archaeology: Testing models of zonal complementarity in the south-central Andes. *American Anthropologist* 91: 7-24.
- WILK, R. R., 1989. Decision making and resource flows within the household: Beyond the black box. En *The household economy: Reconsidering the domestic mode of production*, R. R. Wilk (Ed.), pp. 23-52. Westview Press, Boulder.
- 1990. The built environment and consumer decisions. En *Domestic architecture and the use of space*, S. Kent (Ed.), pp. 34-42. Cambridge University Press, Cambridge.
- WILK, R. R. y W. L. RATHJE, 1982. Household archaeology. *American Behavioral Scientist* 25: 617-639.
- WISE, K., 1993. Late Intermediate Period architecture of Lukurmata. En *Domestic architecture, ethnicity, and complementarity in the South-Central Andes*, M. Aldenderfer (Ed.), pp. 103-113. University of Iowa Press, Iowa City.